

hagan vibrar
iento y de la
sma, estreme-
piracion, hace
isteriosos que
ca y lenguaje
ando un ins-
o que habla,
ciendo sentir.
los espacios.
al coro de án-
(Diez de la

BEJARUCO.
ovidencia no
se conten-
ta casti-
gando con
la muerte
á las avis-
pas que se
atreven á
herirnos
con su
aguijon:
nos ha de-
parado
n un defensor
persegui-
rlas.
el abejarruco,
r castaño os-
e, cuello ne-
zulado: sus
alas rubias
color; el ojo
n avizor que
unto negro-
te. Es aman-
tas arenosas,
enópteros, su
últimos no
a avispa que
a que zamba-
nte la prima
enópteros á
o alas mem-
ulas. De to-
con su pico
ra perdona á
rus.

SSI
TRACION.
Madrid y 9
siembra no
a toño, 4 rs.
adrid y 5 en
vincias.

EXPLICACION
del
figurin
1196

FIG. 1.
Troje
de reunion
teatro. - Fal-
y pequeña
de faya ó
o color de
delantal,
dorno de la
de los volan-
e entredoses
y cintas de
ado de tren-
orma diade-
bre la nuca.

ó recepcion
de terciopelo
odelo, desti-
e madrás á
s tiras lisas
compuesto
figura una

eshiladas.



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 47. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Diciembre 1875. | Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXV.

SUMARIO.

Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda. — Trajes para recepcion — Chaquetas de crochet tunecino para niña — haqueta de paño para niño. — Prendido de flores. — Traje con toquilla de encaje — Traje para teatro y peinado Coralía. — Sombrero Maria. — Sombrero Aurelia. — Traje para calle — Trajes para salon. — Vestido con triple mantelo. — Vestido con túnica cuadrada — Vestido de faya de dos tonos — Salida de teatro. — Prendido de encaje y flores. — Corbata de encaje. — Ríchi de malla. — Abanico de salon — Vestido con

túnica de moda — Vestido con chaqueta holzada — LITERATURA: Bibliografía, por Angela Grassi. — Gloria al talento, poesia, por José F. Sanmartín y Aguirre. — De Madrid á Lisboa, por Nicolás Díaz y Ierez. — Espigas y amapolas, por Angela Grassi. — Correspondencia. — Charadas. — Higiene de los niños. — Explicacion del figurin.

REVISTA DE MODAS.

¡El año toca á su fin, lectoras mías! ¡Un año más del breve período de nuestra vida! ¡Un grano de arena perdido en la sucesion de los siglos! Para mí un año más de gratitud á mi querido CORREO, que me permite comunicar con vosotras, daros algunos útiles consejos, y señalaros lo que podeis aprovechar de lo mucho bueno que sus excelentes grabados os ofrecen. ¡No es verdad que al cabo de tantos años, es nuestro periódico un amigo que vive en nuestra intimidad, que esperamos con cariño, y cuyo retraso de un día ó de una hora, lamentamos como el de un ser animado que significa algo en la marcha de nuestra vida! Es que á él le debemos honesto solaz, prudentes consejos, modelos de elegancia... ¡Cuántas influencias preciosas para el corazón de la mujer! Qué útil y necesario guía! Lejos de familiarizaros nuestro semanario con los ostentosos extravíos de la Moda, os previene contra ellos; en vez de excitar vuestro orgullo y vuestra vanidad, os hace comprender la elegancia dentro de la sencillez. Por eso nunca he creído más provechoso nuestro semanario, que ahora que la Moda se recarga de bordados y de oro, como para avalorar á la que sin ellos resulta elegante y distinguida. Quiero creer que vosotras habreis marcado así este año de la Moda y me felicito si he podido contribuir en algo á tan laudable fin.

Si hubiera de hacer un resumen del año en materia de modas, os le presentaria naciendo entre cristal, llamémosle azabache para mayor elegancia, y muriendo entre galones de oro, remedo de la urna cineraria que reclama el cadáver... ¡Renacerá á risueña, más sencilla, cuando se acerque el nuevo período de transicion? Esperemos que sí, y veamos entre tanto sus últimas creaciones.

La línea recta triunfa en nuestros trajes, como ya sabéis. Los vestidos de forma de sotana y las tónicas de igual corte, hacen la figura lisa, correcta, artística, cuando un error fatal no la presenta ligada enteramente por las rodillas, y resultando abultada de las caderas por la estrechez de la base: algunas damas que se citan como modelos de elegancia, se han presentado de este modo, que no puede ser sino una exageracion de mal gusto. La falda debe caer naturalmente ceñida, y nunca más estrecha de abajo que de



1 Y 2. TRAJES PARA RECIBIR.

arriba. El talle se lleva largo, y el peinado alto de adelante, lo que hace las figuras largas y estrechas con exceso. Es preciso, pues, aunque siguiendo los decretos de la Moda, modificar aquello que menos favorezca, y no elevarse demasiado de cabeza la que tenga una figura delgada, ni ceñirse demasiado de las rodillas la señora gruesa que tiene abultadas las caderas.

Parece que los colores claros triunfan en París á pesar

completando el traje un pequeño paletot de paño de Thibet azul, tambien bordado con arabescos de galon negro y nutria alrededor, igual al boa y el manguito. Tambien se adornan algunos vestidos lisos con tela de cuadros de los mismos colores, y en este género os recomiendo uno de color ciruela adornado con tela de cuadros color ciruela y azul: la falda lleva dos biebes de esta tela, con plegados de tela lisa al borde inferior; la túnica, semejan-

de lo crudo de la estacion, y así como para teatro y salon el blanco y el crema se ven reproducidos en sedas y en cachemir para las tónicas, hácese en estos mismos colores abrigos y tónicas en paño muletón, diagonales, terciopelos y paño plumazo. ¡Solo este nombre da calor! Se harán, pues, visitas de Año Nuevo con abrigos blancos, bordados de oro y guarnecidos con pieles negras ó muy oscuras como el saung ó el zorro de Moscovia. Estos abrigos blancos, y las tónicas hebreas blancas tambien ó de color de crema, que es el color blanco sin su deslumbradora pureza, se llevarán con faldas de terciopelo de extensa cola, lisa por detras y adornadas por delante ó al costado, hechas en color marron, ciruela pasa ó negras. No necesito advertiros que estos atavíos tan ostentosos exigen el carruaje, y corresponden solo á señoras de muy elevada posicion social. Para las que no gozan de este privilegio, se hacen en el mismo gusto trajes más oscuros y más modestos. Parece muy mal, y se presta á tristes comentarios, la señora que para la calle se atavía de un modo vistoso, resultando chocarrera en vez de distinguida. La verdadera elegante guarda sus galas para su casa y para los teatros y salones para cuando pueden admirarla sus amigos y las personas de su cariño. Para la calle, pues, se harán vestidos casi redondos en vigoña, en paño, en terciopelo inglés y diagonales ó matalasées, en colores gris plomo, sépia ó azul marino. Las faldas llevarán poco adorno: un biés ancho con galon á la pegadura y otros dos en el bajo, unos plegados á dos colores, ó cualquiera otro adorno de poca pretension: túnica de lo mismo, cortada de forma princesa y guarnecida de galones ó pieles, ó de matalasée de cuadros con bello fleco de lana en los mismos colores. Es tambien propio para calle el vestido de doble falda, rematada la de encima en dos puntas anudadas, y chaqueta-coraza igual,

te á la que os ofrece este número en su grabado 21, tiene ancha tira de cuadros alrededor y fleco de madroños de lana en la parte de adelante, y las mangas color de ciruela, con vueltas y coraza de tela de cuadros. Es un término medio entre los vestidos severos ántes citados y los muy vistosos que no son admisibles para calle.

El sombrero Rubens parece triunfar de la capota, aunque se ven algunos de fondo bullonado, de muy buen gusto. Mad. Grenet tiene más pedidos de la primera forma; verdad es que los adorna con un gusto superior. El oro entra muy poco en sus distinguidos sombreros, y las plumas, los pájaros y las cintas brochadas, forman el principal elemento de sus sombreros de castor. Los encajes blancos sobre el terciopelo negro, están llamados á un gran éxito para los sombreros, y en esta misma casa he podido ya admirar el nuevo encaje Colville, que está siendo el objeto predilecto de las damas francesas.

No obstante, las buenas modistas aprovechan todos los encajes, ya para los sombreros, ya para armar fichús, golas, cuellos y mangas, para trajes de teatro y de salón, ó para adornar trajes completos. Para los accesorios ántes citados, se combinan los encajes con cintas renacimiento ó plegados de crespon ó de terciopelo, que bajan en forma de corazon, guarneciendo el escote con rico encaje á los bordes: si el encaje no es bastante ancho, se añade con entredós correspondiente, y para terminar las mangas Luis XV se arman en bieses de tul.

Las corbatas pierden un momento su importancia con el reinado de las pieles, y como accesorios no puedo recomendaros más que el *en tous cas*, el manguito de Renard plata, de nutria ó de saung, y el guante ruso forrado de piel ó muleton de colores, en azul, violeta ó carmesí; el guante de cachemir es el guante propio para diario, que mantiene la mano en un grado de calor muy grato y permite toda clase de movimientos. El guante de cabritilla queda reservado para el teatro y el salón; para baile el guante *real* de cabritilla, de seis y ocho botones, es siempre el guante distinguido por excelencia.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. TRAJE PARA RECIBIR.

Los delanteros y costadillos de la túnica se cortan enteros por un buen patron de polonesa, que encontrarán nuestras lectoras en pliegos anteriores, completándola un chaleco, al que van unidos los dobles delanteros: la espalda del chaleco va plegada, y al extremo de ella se coloca su gran lazo que recoge la túnica. El vestido número 1 es de cachemir color sepia, con volantes y plegados de la misma tela, y el núm. 2 es de siciliana negra, con plegados más ó menos anchos y lazos de cinta de faya. La manga va adornada de plegados estrechos que suben casi hasta el codo.

3 Y 4. CHAQUETA DE PUNTO PARA NIÑA.

Materiales: Lana céfiro marrón y lana gris perla.

Para esta chaqueta, como para toda labor de punto, hay necesidad de ajustar la labor á un buen patron, creciendo y menguando como él indique: la chaqueta da principio por abajo, se hace á punto tunecino y en sola una pieza, para lo cual hay necesidad de proseguir en tres partes al llegar á la bocamanga, menguando para dejar el hueco de ella, y volviendo á crecer para formar el hombro; la cenefa, de color gris, esta hecha á punto moscovita, ó sea de conchas, también á crochet, cuyo punto tienen recibido nuestras lectoras en Diciembre del año anterior; pero para más facilidad ofrecerá otra muestra el número próximo: la cenefa de la chaqueta núm. 4 es de crochet con motas de color, que la ofrecerá también el número siguiente.

5. CHAQUETA DE PAÑO PARA NIÑO.

(Patron: en el mes anterior).

Esta pequeña chaqueta se corta por el patron indicado, en paño gris, poniéndole los adornos de seda en el mismo color, adornando por delante la chaqueta botones con ojales figurados.

6. PRENDIDO DE FLORES.

Está formado de ramas de parra, con hojas verdes y rojas en diadema abultada y largas caídas por detras: un pájaro tornasolado está graciosamente colocado entre las hojas.

7. TRAJE PARA TEATRO.

Vestido de seda gris perla, adornado de bullones y volantes y toquilla de encaje antiguo, colocada sobre un

grupo de rosas y lazadas de terciopelo; las puntas de la toquilla se anudan por delante ó se prenden con un lazo.

8. TRAJE PARA TEATRO Y PEINADO CORALIA. (Véase la explicacion del núm. 12).

9 Y 10. SOMBREROS MARÍA Y AURELIA.

El primero, de terciopelo negro con ala redonda y copa lisa, lleva cinta renacimiento de seda de dos tonos, colocada alrededor de la copa y en grandes lazadas sujetas con hebilla de plata oxidada: el adorno principal del sombrero consiste en una pluma colocada bajo el ala y que va á descender por detras sobre el peinado: un lazo de terciopelo con un pequeño pájaro oculta el nacimiento de la pluma. (Véase núm. 22.)

El segundo es de castor gris, con ala vuelta y el adorno de seda, de un tono más oscuro, en plegados abanico, uno hácia adelante y otro hácia atras: una pluma oscura y otra clara le completan, y por dentro un retorcido de seda de los dos tonos con lazo y grupo de rosa.

11. TRAJE PARA CALLE.

Es de paño de Tibet, sin más adorno que cuatro pespuntos hechos á la máquina con seda gruesa; el cuello, además, va bordado con trenza hércules, que se repite en lazadas en la manga. La túnica y el paletot van cerrados con doble carrera de botones, adornando el borde de la túnica otro trenzado. Sombrero de castor negro con trenzilla de oro y grupos de rosas.

12 Á 15. TRAJE PARA SALON.

12 y 8. *Vestido con triple mantelo.*—Es de faya verde mar, adornado con plegados y ruches de la misma tela y encajes blancos: tres tiras al biés, cortadas en onda del centro y colocada una sobre otra, forman el triple mantelo, rematado por detras con dos grandes echarpes sobre la gran cola de la falda, adornada de plegados ancho y estrecho. La chaqueta-coraza, adornada como el resto del traje, la ofrece aparte el núm. 8 con todos los detalles de cuello y mangas.

13 Y 15. VESTIDO CON TÚNICA CUADRADA.

(Patron: en el pliego del mes de Setiembre).

Estos grabados presentan por delante y por detras un traje mismo hecho en distintas telas. El primero pertenece á un vestido de siciliana gris á rayas, de dos tonos, adornado de bieses de seda del color más oscuro, y terminada la túnica por fleco de seda rico: el segundo es de faya de dos tonos, con encaje al borde de la túnica y las mangas distintas á la coraza.

14. *Salida de teatro.*—Es de paño terciopelo, color de crema con listas azules, y tiene 268 cents. de largo por 62 de ancho, y fleco corto de ambos colores.

16. PRENDIDO DE ENCAJE Y FLORES.

Una barba de encaje irlandés sirve de fundamento á este adorno, enriquecido con lazos de terciopelo y flores. Dibujo para el encaje tienen nuestras lectoras en los pliegos de dibujos y patrones, y la colocacion resalta clara en el grabado.

17. CORBATA DE CRESPON.

Un biés de crespon de color con un encaje plegado á cada orilla forma la parte del cuello, haciendo el lazo dos plegados dobles, y dos puntas guarnecidas de encaje.

18 Y 19. FICHÚ DE MALLA.

Materiales: 25 gramos de torzal, maderos de dos gruesos y aguja.

Este género de fichús se lleva, no solamente en negro y en color, sino que se colocan como adorno de algunos sombreros. El que presenta el grabado es de seda azul bajo, de 90 centímetros de largo y adornado de un fleco anudado: para dar forma al fichú se va dejando un punto á cada orilla durante las primeras 24 vueltas, y en las siguientes se dejan dos hasta terminar el pañuelo en un punto. Forman cenefa dos vueltas hechas en molde más grueso, y el número 19 muestra el bordado que lleva esta cenefa. El fleco se anuda á las mismas presillas.

20. ABANICO.

Es de marfil, con país de raso blanco pintado de dos tonos gris y pluma blanca: también se ven algunos abanicos en este gusto de ébano con la pintura en dos tonos oscuros, doble raso negro y pluma de este color.

21. VESTIDO CON TÚNICA Y CHAQUETA.

Está hecho en matelaseé de lana gris claro, con bieses, de lo mismo la falda y galones á la pegadura: un plegado de lana fina en igual color orilla los bieses. La túnica se recoge de un lado con la limosnera y del otro cierra con botones, dejando cuadrada la punta de atras: chaqueta adornada de galones y lana lisa en las vueltas y sombrero de castor con velo.

22. VESTIDO CON TÚNICA Y CHAQUETA HOLGADA.

Es de vigoña marrón, adornada la falda de un volante con galones y otros muy plegados encima. Túnica adornada de galones, recogida de atras y cerrada con botones por delante en la parte superior, hasta donde los remata un nudo de la misma tela con caídas bordadas con galones. Completa el traje una chaqueta holgada y sin mangas, adornada igualmente de galones y nudos con caídas que se coloca sobre la túnica para hacer el traje más de calle. Sombrero de terciopelo (véase el núm. 9).

JOAQUINA BALMASEDA.



UN LIBRO PARA LAS DAMAS (1)

POR

DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Grato es, en medio de las preocupaciones de la vida, hallar un génio amable que nos la haga olvidar con su discreto y suave lenguaje, tan suave y dulce como las notas escapadas de un instrumento armónico. Ningun lenguaje más seductor, bajo todos conceptos, que el de la distinguida escritora Doña María del Pilar Sinués, que tan envidiable puesto ha alcanzado en la literatura patria. Podríamos llamarla con propiedad la musa de los salones, porque sabe hablar de todas las cosas, aun las más graves, con una gracia indefinible, y disfrazar la profundidad de sus pensamientos, cubriéndolos con un velo de modestia encantadora.

Enseña sonriendo, y sus doctrinas se graban tanto más en el corazon, cuanto se han impreso en él con menos esfuerzo. Diríase que aprisiona las almas por sorpresa y que las aprisiona en lazos tan floridos, que una vez cogidas en ellos, ya ni siquiera intentan recobrar su libertad perdida.

Así, pues, la notable obra que acaba de publicar, titulada *Un libro para las damas*, se escapa al análisis, porque las bellezas en que abunda se sienten y no se explican.

Consagrado á su propio sexo, las señoras hallarán en este bello libro, todas, y cada una de por sí, el remedio á los pesares que las atormenten, y trazada, aún en sus menores detalles, la senda que deben recorrer para cumplir dignamente su misión sobre la tierra.

Oigamos á la misma autora pintar el noble objeto que se ha propuesto alcanzar, en las siguientes líneas del prólogo.

«Este libro no tiene otra pretension que la de ser de alguna utilidad al corazon de la mujer; los artículos de que se compone son: *religiosos, morales, filosóficos* y de *costumbres*; pero todos son sencillos, todos al alcance de la comprension femenina y aun infantil, y en todos preside la augusta idea de Dios y de sus preceptos.»

Y más adelante:

«Quizá alguna encantadora joven de la clase media, á la que la modesta fortuna de sus padres no la permite asistir á las reuniones y teatros, se distraerá con la lectura de estas páginas, y hallará en ellas alguna sana verdad, algun consejo útil que le sirva para cuando constituya familia; quizá la esposa que mece la cuna de su niño enfermo, hallará en este libro el amigo de su velada solitaria; quizá la anciana que ha quedado aislada, porque cada uno de sus hijos ha edificado su nido conyugal, halle aquí conformidad y consuelo; si así sucede, mi esperanza más bella, mi ambicion más alta, se verán cumplidas.»

A pesar de la modestia, compañera inseparable del verdadero talento, que revelan estas frases, nos complacemos en consignar que la señora Sinués, en esta obra se ha superado á sí misma.

Hay en ella capítulos muy bellos, tales como *La poesía del hogar doméstico, Enfermedad mortal, Las peque-*

(1) Se vende á 16 reales en las principales librerías.

ñas virtudes, La casa, La tolerancia, y todos los que están consagrados á pintar los inefables tipos de la madre y de la hija, descollando entre estos últimos la breve, pero interesante historia de Dolores, que se sacrifica en aras del amor filial, sacrificio tanto más sublime, cuanto es más ignorado, y no aspira ni tiene por recompensa el aplauso del mundo.

No tendria fin este artículo si quisiéramos enumerar todas las bellezas que contiene el libro; terminaremos, pues, con uno de sus párrafos, no por ser de los más notables, sino porque se refiere á una cuestion muy debatida en el día, y con cuyas ideas estamos completamente de acuerdo.

«No soy yo, dice, de los que abogan por la emancipacion de la mujer, ni aun entro en el número de las personas que la creen posible; espíritu débil: creo que toda la fuerza de mi sexo consista en la bondad, en la virtud, en el amor; creo que la mujer necesita constantemente el amparo de un padre, de un esposo, de un hermano, de un hijo; pero creo tambien que ella puede ser á su vez el apoyo natural de los suyos, el consuelo y la alegría de los que la aman; creo que la esfera de accion de la mujer es tan extensa como la del hombre; pero en condiciones completamente distintas; el hombre, por medio de la razon, debe realizar todos los hechos de la vida exterior; la mujer, por medio de su bondad inteligente, debe dirigir toda la vida interior de la familia.

El hombre está llamado á instruir á sus semejantes por medio de la ciencia; la mujer á educar á sus hijos por medio del arte, que es lo bello. Porque la instruccion es lo externo, es lo que se adquiere por el ejercicio de la inteligencia. La educacion es lo interno, es lo que cada uno consigue mediante su íntima reflexion, avivada por el sentimiento fundado en el amor á todo lo verdadero, á todo lo bello, á todo lo bueno que existe inextinguible en el fondo del alma humana.»

Basta con este fragmento para dar á conocer el mérito y la importancia del libro que nos ocupa, y por el cual enviamos una cariñosa enhorabuena á su autora.

ANGELA GRASSI.

¡GLORIA AL TALENTO!

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ EGHEGARAY.

(Poesía leída con extraordinario aplauso en el teatro de la Princesa de Valencia en la noche del 17 de Noviembre de 1875).

¡Vedle ahí!... No es ilusion
Que forja la fantasía!
Aun vive el arte hoy en día:
Aun brota la inspiracion!
De Lope y de Calderon
Aun brilla el númen fecundo!
Aun el talento profundo
En la pátria de Romea
Hace que el teatro sea
El más glorioso del mundo!

¡Veis al águila posada
Sobre la cumbre de un monte
En el inmenso horizonte
Fijar su altiva mirada?
Observadla como osada
Tiende el vuelo de repente,
Y va magestuosamente
Por el espacio volando,
Al astro rey provocando
Mirándole frente á frente!

Pues de igual modo el que encierra
En su frente el pensamiento,
Sostener suele un momento
Consigo una ruda guerra:
Estrecha encuentra la tierra
Para levantar su vuelo,
Y desdeñando del suelo
Las vanas y pobres galas
Halla en su inspiracion alas
Para volar por el cielo!

¡Vedle ahí!... No es ilusion
Que forja la fantasía;
Aun vive el genio hoy en día;
Aun brota la inspiracion:
Del arte otro campeon
Digno de justa memoria
Para enaltecer la historia
Nuestro teatro ha pisado,
Y al primer paso ha escalado
El alcázar de la gloria!

Matemático, orador,
Y político instruido,
Echegaray, has sabido
Ser además gran autor.
Tu Esposa del vengador
Dejó tu fama sentada;
Y hoy tu pluma celebrada
Para mostrar su valer
Nos ha dado á conocer
En el puño de la espada!

¡Vista sus galas Talía!
Y pues el genio le abona,
De laurel verde corona
Ciña el poeta este día!
Bate palmas, pátria mia,
Que en medio de tus prolijos
Dolores, aun están fijos
Tus timbres que nadie empaña;
Pues para ser grande, España,
Te bastan tus propios hijos!

JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

XXXVIII.

DESDE LA ORILLA DEL TAJO.

Al parar el tren en Villa-Franca, la mayoría de los pasajeros se bajaron al anden y rodearon á una pequeña colonia china que esperaba allí la hora de tomar el convoy para Lisboa. Un chino en Europa es objeto raro que todos lo miran y nadie le comprende. Los hijos del celeste imperio estaban sentados en el suelo, sobre sus mantas de viaje, dando enormes chupadas en sus pipas y mirando con pasmosa serenidad á los curiosos que les rodeaban. Al sonar la campana todos los chinos se levantaron con la mayor agilidad y se abalanzaron á los wagones.

El tren se puso en marcha en direccion á Alhandra. Mr. Scott nos decía al salir de Villa-Franca:

—¿V. cree en la inferioridad de la raza india?
—No, señor. La raza humana es toda igual. Sus costumbres, los climas en que habita, su educacion, sus instintos, en fin, le dan un carácter peculiar que ora aparece superior, como en la vieja Europa, ora inferior como en la India ó en América.

—Por lo visto, ¿para V. es igual un chino de esos que se han embarcado con nosotros en este tren, que un europeo?

—Exactamente igual. La marcha de la civilizacion explica nada más que el grado de cultura de los pueblos. La China tiene una historia anterior á la de los demás pueblos, y sus hombres han influido muy poderosamente en la civilizacion latina.

—¿Cómo explica V. esta afirmacion?

—Por la historia misma. Allá por los siglos VI y VII, anteriores á la venida de Jesucristo, brillaron dos filósofos chinos, llamados Lao-Tseu y Koung-Tseu, los cuales pretendian provocar la reforma social que ya en aquellas épocas remotas las circunstancias exigian con imperiosa necesidad, y para que V. vea y conozca las razones sobre que basaban la justa crítica que á los potentados de aquel imperio dirigian, reproduciré á V. varios de los argumentos que empleaban, y que vienen como de molde en los presentes tiempos, sirviendo á la vez de leccion severa á nuestros liberales gobernantes.

«Si el pueblo tiene hambre, decía Lao-Tseu en su libro titulado *De la razon pura y de la virtud*, es porque grandes impuestos pesan sobre él.

«Ve ahí la causa de su miseria.

«Si el pueblo se gobierna con dificultad, es porque se halla agobiado por grandes y penosos trabajos.

«Ve ahí la causa de su insubordinacion.

«Si el pueblo ve llegar la muerte con indiferencia, es porque le cuesta grandes sacrificios y fatigas el procurarse la vida.

«Ve ahí porqué muere con tan poco sentimiento.»

En el mismo libro da una leccion elocuente á los gobiernos, sosteniendo que el poder de los que quieren gobernar por la fuerza no puede tener más duracion que la de una mañana.

Hé aquí sus palabras.

«El soberano que se sirve de Tao ó de la razon para gobernar á los hombres,

«No recurre nunca al empleo de las armas para oprimir á su imperio;

«Sus acciones son recompensadas con el reconocimiento.

«Allí donde los grandes ejércitos hacen su descanso,

«Crecen bien pronto los abrojos y las espinas;

«Por donde pasan estas grandes armas,
«Sobrevienen necesariamente años de calamidades.
«El hombre virtuoso llena sus deberes y se detiene allí;

«No se atreve nunca á recurrir al empleo de la violencia;

«Porque las cosas violentas tienen poca duracion.

«Estas cosas son las que se llaman *opuestas á la razon suprema absoluta*;

«Siendo opuesta á la razon suprema absoluta, no tienen más duracion que la de una mañana.»

Así se explicaba hace más de dos mil años uno de los filósofos chinos, al que los partidarios de la fuerza como *suprema ratio* dieron en llamar utopista, por aquello de que todo cuanto es bueno y tiende de una manera más ó menos directa á las mejoras sociales, es una utopia.

Diffícilmente se puede hallar en la historia leccion más severa para aquellos que extraviados por la ambicion, por el fausto y por el brillo, vienen siendo los opresores del pueblo, viviendo en medio de la abundancia y de la ociosidad, en cuanto que esas mismas clases, á las que oprimen, mueren á sus piés estenuadas por la miseria, por las privaciones de todo género y agobiadas por los trabajos más rudos del campo.

—¡Magníficas teorías las de Lao-Tseu y Koung-Tseu!

—Indudablemente que son notables.

—Pero eso era hace veinte siglos.

—Pues la moral es hoy más perfecta en China que en Europa. Y referiré á V. lo siguiente:

Cuando la guerra de los Taepinkgs, tuvo que abandonar un chino de Nanking á su mujer, tardando bastantes años en darla noticias suyas, hasta que esta lo creyó muerto y contrajo segundos lazos matrimoniales, plenamente autorizada por la ley.

En estos últimos tiempos volvió el primer marido á turbar con su presencia la completa dicha que gozaba su mujer con el segundo, y, no aviniéndose éste á cederle la mujer, fué llevada la querella ante los tribunales.

El magistrado chino llamado á pronunciar el fallo reclamó el depósito de la interesada por plazo de quince días, y ántes de espirar llamó á los dos maridos para notificarles la defuncion de la mujer disputada y la conveniente necesidad de proveer á los gastos de entierro, que reclamó como derecho al primer marido.

Pero éste se desentendió de la peticion, alegando el tiempo que habia estado separado de su mujer, mientras que el segundo marido, no obstante su pobreza, reclamó el cuerpo de la fallecida para honrarlo debidamente, á lo que el magistrado contestó levantando una cortina y entregándole la mujer viva y llena de reconocimiento por haber podido apreciar el grado de cariño de cada uno de sus esposos.

—¿No es verdad que hay asunto aquí para un drama del género de *La huérfana de Bruselas*, ú otra cualquiera huérfana?

—Cierto, como tambien lo es que muchos maridos se harian una y mil veces los mortecinos con objeto de quedarse sin mujer por segundas nupcias.

En esto el tren paraba en Alhandra, pequeña poblacion, como Villa-Franca, aunque de origen más antiguo. Alhandra, de fundacion árabe, ya existia en el siglo VIII, con el nombre de *Al-hambar*, y tuvo alguna importancia hasta el siglo XIV, por cuya época se poblaba Villa-Franca, llamada un tiempo de los *Caballeros*.

El tren comenzó á rodar de nuevo. La luna de Enero alumbraba con sus esplendrosos rayos aquella campiña tan pintoresca que recorria la locomotora. A la izquierda las aguas del turbulento Tajo arrullaban nuestro insomnio de toda la noche. A la derecha una masa diforme, monstruosa, seguia á nuestra expedicion. La campiña iluminada por el astro blanquecino parecia que se movia tras de nosotros, como queriéndonos acompañar hasta Lisboa. Así pasamos por Alverca, Povoas, Sacaven, Olivares y Poço do Bispo, estacion que está ántes de Lisboa. La vista de aquellos pueblecitos pintados de blanco, y más blancos aun por los rayos de la luna que les iluminaban, era sorprendente. Por otra parte, los pequeños barquitos que cruzaban las aguas del Tajo, enarbolando su velamen, daban al paisaje mayor animacion. Un poeta hubiera soñado. Scott, hombre frio que apenas si le conmovian las sensaciones más fuertes, nos preguntaba:

—¿Tiene Portugal marina?

—De guerra dos ó tres pequeños buques; mercantes algunos más.

—¿Más que España?

—No admite comparacion la marina de ámbos países. En España, desde muy antiguo, ha habido una buena marina. En 1789, contaba con 285 buques de todas clases, á saber: 73 navíos de línea, 45 fragatas, 6 corbetas, 13 urcas, 16 jabeques, 10 balandras, 28 bergantines, 5 paquebots, 2 lugres, 7 goletas, 5 pataches, 4 galeras, 4 galeotas y 67 lanchas de fuerza.

En 1852 tenía Inglaterra, descontados los 183 vapores de diferentes dimensiones, que como invento moderno no pueden entrar en paralelo con nuestra antigua armada, 72 navíos, 80 fragatas y 85 bergantines y buques menores, ó sea un total de 237, esto es, 48 menos que aquella.

Los Estados-Unidos contaban el mismo año 11 navíos, 14 fragatas, 21 bergantines y 7 goletas, resultando con 332 buques menos que los de España.

De tal manera y con tanta rapidez vino en decadencia la marina de guerra española, que en 1853 solo poseíamos 3 navíos, 5 fragatas, 9 bergantines, 2 bergantines-goletas, 5 goletas y pailebots y 8 urcas; ¡38 bu-

ta que hacer en favor de esta institución, que debiera marchar en nuestro país á la cabeza de todas, pues, por las especiales condiciones en que se encuentra, así como por las colonias que aun nos restan, España, á semejanza de Inglaterra, necesita aumentar su preponderancia marítima, y valiera más que, en vez de destrozarnos en luchas intestinas, hijas de locas ambiciones, nos preparásemos para resistir el empuje de alguna convulsión ó cisma europeo que pudiera envolvernos por nuestra debilidad, cuando la situación geográfica que tenemos nos favorece tanto para conservar nuestra independencia y nuestra nacionalidad.

—Observo que no guarda relación el número de vapores que tiene España,



3. Chaqueta de crochet tunecino para niña.



5. Chaqueta de paño para niño.



4. Chaqueta de crochet con cenefa calada para niña.

ques! ¡es decir, 247 menos que en 1789! Este dato arroja contra los gobiernos que se sucedieron desde aquella fecha una censura cruel, con tanto más motivo cuanto que en el apogeo de nuestra armada apenas se conocía en el país la fatídica palabra contribución.

Actualmente tenemos los buques de guerra siguientes: 9 fragatas blindadas, 10 de hélice, 2 vapores de ruedas de primera clase, 14 de segunda y 99 entre vapores de hélice, cañoneras y barcos de vela y de las demás categorías; total, 136.

Mejor estamos que en el citado año de 1853; sin embargo, existe aun la diferencia de 159 embarcaciones con respecto á la marina de 1789. Mucho res-



6. Prendido de flores.

con los buques que cuenta.

—Pues esta desproporción existe aun más en nuestra marina mercante.

—Al contrario de lo que pasa en otros países marítimos de Europa y América. Londres, Liverpool y Glasgow son los tres puertos del Reino Unido que poseen mayor número de buques de vapor.

Londres emplea para el servicio de su comercio 472 vapores de 3.000 toneladas de porte en adelante, con una capacidad de 262.935 toneladas, y entre cuyos buques se cuenta el famoso *Great Eastern*, que él solo mide 19.000 toneladas. Además hay 192 va-



7. Traje para teatro.



8. Traje para teatro y peinado Coralio.

que debiera
 , pues, por
 a, así como
 a semejanza
 erancia ma-
 rnos en la-
 preparáse-
 ion ó cisma
 liera envol-
 tra debili-
 a situación
 enemos nos
 para conser-
 dependencia
 nalidad.
 ue no guar-
 número de
 ne España,

en nuestra

s marítimos
 a y Améri-
 res, Liver-
 lasgow son
 puertos del
 nido que po-
 or número
 es de vapor.
 res emplea
 rrvicio de su
 472 vapo-
 000 tonela-
 rte en ade-
 a una capa-
 262.935 to-
 las, y en
 cuyos bu-
 se cuenta
 moso *Great-*
 n, que él
 mide 19.000
 ladas. Ade-
 hay 192 va-



Pl. 268.

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Isabel II^ª 2, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

18.00
63.94
De
les, s
los U
vapori
Wo
otro g
te des
ta en
res á
los 15
Du
tonel
De
nado
la ma
me ci
En
do á
más y
tío de
Bispo





9. Sombrero María.

18.000, ó sean en todo 303 buques, con 63.942 toneladas.

Después de estas dos ciudades principales, se pueden citar Southampton, donde los *Union Company Steamers* registran 56 vapores con 14.942 toneladas.

Worthshields y Southshields poseen uno y otro gran número de *steamers*, la mayor parte destinados al transporte de hulla. Se cuenta en estos dos puertos 184 buques inferiores á 50 toneladas y 15 mayores, que entre los 199 miden 14.294 toneladas.

Dublin y Cork tienen, entre los dos, 26.000 toneladas en barcos de vapor.

De modo que, entre los puertos mencionados, que son los de mayor importancia, la marina mercante de vapor reúne la enorme cifra de 524.237 toneladas de porte.

En esto el tren paraba. Habíamos llegado á Pozo do Bispo. Unos cuantos minutos más y ya estábamos en Lisboa. El tren partió de nuevo, dejando á la espalda Pozo do Bispo, pueblo agrícola, mejor dicho vinícola,

pores, cuyo porte varía entre 50 y 3.000 toneladas, que miden en junto 5.024. En resumen, la matrícula de Londres cuenta 664 vapores, con una capacidad total de 267.059 toneladas.

Liverpool viene en segundo lugar por la importancia de su tonelaje. Su puerto registra 357 vapores de capacidad superior, y otros 62 menores; en junto 419, con un porte total de 238.000 toneladas.

Glasgow posee 134 vapores grandes, con 44.942 toneladas y 68 pequeños, con



11. Traje para calle.

que sostiene el principal comercio de vinos con Lisboa. En él está la célebre posesión llamada la *Mitra*, finca que era del patriarca de Lisboa y que en 1858 compró D. José Salamanca. La *Mitra* es una posesión notable, rica en objetos históricos, con preciosos azulejos y buenas caballerizas, donde se custodia una carroza triunfal del patriarca. Contaba yo á Scott cuantas curiosidades conocía de la *Mitra*, cuando el tren



10. Sombrero Aurelia.

paraba de nuevo. Los mozos de la estación gritaban:

—¡Lisboa, parada!

Estábamos en la gran Plaza de Santa Apolonia, estación central de los ferro-carri-les portugueses, en Lisboa, á orillas del Tajo. La animación que allí reinaba era inmensa. Nos rodearon los mozos, disputándose conducir nuestro equipaje. Los agentes de fondas y hoteles nos abrumaban con tarjetas, nos ofrecían coches, cuartos baratos y mesa opulenta. Yo cogí á Scott del brazo, y práctico en Lisboa, le dije:

—Vamos á que nos despachen el equipaje, y después resolveremos la cuestión de hotel.

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.



12 y 8. Vestido con triple mantelo.

13. Vestido con túnica cuadrada.

14. Salida elegante de teatro.

15. Vestido de faya de dos tonos.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres

POR ANGELA GRASSI.

(Continuación).

Andrés, por el contrario, se mostraba sordo á súplicas y á consejos, y no desperdiciaba ninguna ocasión para abrumar á su mujer con su desprecio, siempre que se tocaba esta conversacion en su presencia.

Una mañana en que, como de costumbre, Leopoldo estaba solo leyendo en el jardín, pasó junto á él una doncella, y le miró como si quisiese ser preguntada.

Leopoldo, enemigo de indagar lo que no le importaba, fingió no prestar atención á sus manejos.

La doncella pasó por delante de él repetidas veces, movió las hojas de los árboles, dejó caer una maceta, sin lograr que el joven levantara los ojos de su libro. Sin embargo, sorprendido éste con tan estrañas evoluciones, la miró de soslayo, y vió que la doncella, dirigiendo sus miradas al otro extremo del jardín, se encogía de hombros, como para demostrar la inutilidad de sus esfuerzos. Leopoldo siguió con disimulo la direccion de aquellas miradas, descubrió á Cristina, que oculta entre el follaje, hacia imperiosas señas á la doncella, como instándola para que la obedeciera.

Esta vez, Leopoldo, lleno de curiosidad, deseó que llamasen de nuevo su atención.

En efecto, Justa, que este era el nombre de la doncella, dió un grito.

—¿Qué es esto? preguntó el joven corriendo hacia ella.

—¡Nada! dijo Justa. Me habia encaramado para beber en la fuente, me apoyé en un rosál, y se me clavó una espina. Aquí, ¡en el dedo, ¡mírela V! ¡Estoy tan sofocada!... ¡tengo tanta sed!... ¡Es que vengo de la calle, y V. no sabe cuánto he corrido!... Lo peor del caso es que creo que he obrado mal, porque no he salido por mandato de la señora condesa ni de la señorita, sino de la otra...

Leopoldo se enojó al oír hablar en estos términos de Margarita; pero procuró dominarse para no atajar el final de aquella misteriosa confidencia.

—¡Yo creo, Dios me perdone, que se trata de una fuga! repuso la doncella.

—¡Huir! ¿quién? ¡Margarita! exclamó Leopoldo con verdadero espanto.

—Yo no sé, prosiguió Justa, pero el caso es que me ha hecho ir á vender una porción de labores hechas por ella, encajes, bordados, un sin fin de chucherías, pero que le han valido una buena suma de dinero. Es decir, dinero no, pero unos cuantos papeles, que significan lo mismo. Pues señor, cuando se los traje, los metió bonitamente en esta carta, y me dijo: —Llévala á donde indica el sobre, y dí que iré á la noche.

¡Y esto me lo dijo con una agitacion, con un temblor, que, ya, ya!

La carta no puede ser dirigida más que á él, no es verdad?

—¿Y quién es él?

—¡Pues el hombre que se introducía aquí por las noches!

—¿Le conoces tú? ¡le has visto tú!...

Era tan duro y amenazador el acento de Leopoldo, que Justa bajó la cabeza y murmuró desconcertada:

—Verle entrar aquí, nó, conocerle, sí, porque me ha mandado que fuese varias veces á su casa. ¡Si viera V! es joven y hermoso, aunque muy pálido.

Leopoldo sí que se puso pálido al oír esto.

Arrojó, casi á pesar suyo una rápida mirada sobre la carta, cuyas señas eran: calle de San Vicente, núm. 3, cuarto último de la derecha, y se separó bruscamente de Justa, cogiendo su libro y entrando en la casa.

Pero no se dirigió á su habitación, sino que se colocó detras de las persianas de un cuarto bajo que daba al jardín, para observar lo que pasaba en él.

No se engañaba en sus sospechas.

Vió que la doncella se dirigía al sitio en donde estaba oculta Cristina, vió que ambas hablaron en voz baja y se alejaron precipitadamente.

—¿Qué significa esto? murmuró el joven confuso.

¡Ay! ¡que no me queda duda de que Margarita es culpable! Pero Cristina queria que yo viese esa carta, que lo supiera... ¿porqué? ¡Cristina! ¡Me habria por ventura equivocado, y seria tu alma tan frívola como tu carácter!... ¡Oh! yo iré á esa casa, yo iré... ¡quiero descifrar ese misterio!... ¡quiero salvar á Margarita de sí misma!...

Como un amante que cuenta con impaciencia los instantes que deben traerle la hora misteriosa de su primera cita, así aguardó Leopoldo á que el sol se escondiera en el ocaso.

Así que la noche estuvo próxima á desplegar su manto de opacas sombras, se dirigió á la calle de San Vicente, subió los ochenta peldaños de una tortuosa esca-

lera, y se detuvo delante de la puerta del último cuarto. ¿Qué iba á hacer? ¿Qué iba á decir? ¡Ni aun él mismo lo sabia!

Tal vez pensaba dirigirse franca y lealmente al dueño de aquella casa y decirle que debía olvidar á una mujer que pertenecía á otro hombre, conjurarle, por cuanto habia de más sagrado, á que no consumase su eterna desventura.

Tal vez traía este pensamiento; pero al llegar delante de aquella puerta, vaciló, quiso retirarse, y otra vez se adelantó y se retiró de nuevo.

Su frente estaba inundada de sudor, su corazón palpitaba con violencia.

Por fin hizo un esfuerzo, tomó un partido decisivo.

La puerta estaba tan solo entornada; la empujó suavemente, y entró en un corredor, que terminaba en una estancia reducida.

Todo el mueblaje de esta pieza consistia en dos lechos. En el primero yacía una anciana paralítica, en el segundo un joven pálido y demacrado, cuya penosa respiracion indicaba la gravedad de su estado. La anciana estaba incorporada sobre el lecho, é inclinada hacia el enfermo, como si contase con dolorosa angustia los ya tardos latidos de su corazón.

De vez en cuando cruzaba sus manos, y balbuciaba una plegaria.

Estaba tan lejos Leopoldo de presumir que iba á contemplar tan triste cuadro, que quedó inmóvil y suspenso en medio del pasillo, oculto entre las vagas sombras del crepúsculo.

A medida que la respiracion del enfermo iba siendo más difícil, la fisonomía de la anciana tomaba una expresion de extraño delirio.

—¡Pobre! ¡pobre! exclamó por fin con volubilidad; por ser pobre se murió mi hija, y es la miseria la que mata al único sosten de mi existencia. D. Silverio me decia: Susana, ten conformidad, Dios no desampara á los desgraciados, y yo al oír esto me reía!... ¡Sí!... ¡me reía y hacia muy bien! ¡Todos los caminos de salvacion están cerrados para el que gime en la pobreza! ¿Qué importa que existan ángeles como Margarita, si hay demonios como el médico y el casero? ¡El uno queria abandonarnos, el otro arrojarlos de esta pocilga miserable, y se han llevado sin piedad todo el dinero que ella me ha enviado!

¡Ah! ¡ah! ¡la Providencia! ¡la conformidad en las penas! ¡Hacen bien de no dudar de Dios los que son felices, los que están nadando en la opulencia!

—¡Madre! dijo el enfermo con voz débil, madre, no hable V. así. ¡No dude V. de la misericordia de Dios! ¿Qué nos ha faltado hasta ahora, merced al alma caritativa que nos ha socorrido en nuestras penas?

La anciana se cubrió el rostro con las manos, y guardó silencio.

Entonces Leopoldo recordó confusamente una dolorosa historia que habia oído contar en Valsain.

En efecto, aquella era Susana, á quien vimos llorando por la pérdida de su hija, á quien vemos ahora llorar por la próxima muerte de su hijo.

¡Desdichada!

Aun no se habia cerrado la tumba de la primera, cuando supo que Gustavo, víctima de una enfermedad del pecho, contraida por las continuas vigiliias y un trabajo excesivo, estaba enfermo en Madrid.

Al punto abandonó á Valsain. D. Silverio la dió cuanto dinero poseia, y una carta de recomendacion para Margarita. Margarita habia sido su ángel tutelar, su providencia, pero Gustavo era ya presa de la muerte. Al cerciorarse de esta horrible verdad, la triste madre sufrió tanto, que sus miembros quedaron paralizados por completo.

¡Pobre mujer! ¡pobre mártir! De todas las prendas de su amor, solo le quedaba aquel último hijo, el único apoyo de su vejez, el postrer lazo que la unia á la vida, y aquel hijo, modelo de piedad filial, aquel hijo, que habia trabajado noche y día para proporcionarle un pedazo de pan honrado, iba bajando lentamente al sepulcro, dejándola sin amparo.

¡Pobre mujer! ¡pobre mártir! Sin recursos para socorrer á su hijo, sin fuerzas para cuidarle, se veía condenada á presenciar como un espectador indiferente aquella agonía lenta y espantosa, que selo debía tener un término, ¡la muerte!

¡Hay acaso algun lenguaje humano capaz de expresar todas las incomprensibles torturas que encerraban para ella aquellas horas supremas, tan cortas para los felices de la tierra, tan largas para el que gime en el infortunio?

¡Cuán doloroso es pensar que mientras nuestra vida se desliza tranquila y sin nubes, tal vez no lejos de nosotros se representan desgarradores dramas, cuyos personajes parece que han nacido tan solo para vivir penando! Es preciso, cuando estas ideas confurben nuestro espíritu,

es preciso pensar, que en esas horas de amargura, los ángeles tejen en el cielo coronas para los mártires de la tierra, y que cada una de sus lágrimas vertidas aquí vale un siglo de felicidad allá en donde la felicidad no tiene límite. ¡Oh! sí, preciso es pensar en todo esto, para no sucumbir ante el espectáculo de esos lúgubres dramas que se reproducen á cada instante en torno nuestro, y de los cuales quizás mañana seremos tristes actores.

Hé aquí lo que pensaba Leopoldo, sin atreverse á interrumpir con su presencia aquella escena dolorosa, cuando un gemido del enfermo, más desgarrador que los otros, hizo vibrar todas las fibras del corazón de su madre.

—¡Sufres mucho, hijo mío! le preguntó con tono anhelante.

Gustavo se agitó ligeramente, y balbució en voz baja:

—¡Tengo sed!... ¡agua!... ¡agua!...

usana quiso levantarse, pero en vano probó una y otra vez, porque sus miembros inertes no obedecieron al poderoso esfuerzo de su voluntad. Entonces, entregándose á una desesperacion frenética, se arrancó su blanca cabellera, poniéndose ambas manos en la boca para que sus sollozos y sus gritos no turbasen la agonía de su hijo.

—¡Agua!... ¡agua!... repetía ésta con voz cada vez más débil.

Leopoldo se precipitó en la estancia.

—¡Agua! exclamó la anciana juntando sus manos en actitud de súplica, y con una expresion de delirante alegría.

Leopoldo corrió á la inmediata cocina, encendió una lamparilla que estaba allí prevenida, y volvió trayendo en la mano un jarro de agua, que acercó á los abrasados labios del enfermo; pero tanta era su postracion, que no pudo beberla. La solicitud de Leopoldo halló un ingenioso medio para prodigarle aquel alivio, pues la introdujo en su boca con una caña hueca que halló casualmente sobre un vasar de la cocina.

—¡Ha bebido! ¡ha bebido! ¡se ha salvado! gritó Susana dando palmadas de loco júbilo.

Gustavo pareció recobrar algun aliento: sus ojos vidriosos se fijaron en Leopoldo, y sus manos heladas buscaron débilmente la mano del joven.

—¿Quién es V? preguntó en voz baja.

—¡Un hermano de Margarita, vengo en su nombre, la precedo!

Gustavo juntó ambas manos sobre el pecho, y pareció murmurar una fervorosa plegaria de gratitud hacia Dios, que le enviaba aquel socorro.

Luego miró otra vez á Leopoldo: éste comprendió que queria decirle algo, y se inclinó sobre él.

—¡Voy á morir!... repuso Gustavo en voz tan baja que apenas se le oía. ¡No se lo diga V. á mi madre!... ¡Pobre madre mia!... ¡Que ella no lo sepa! ¡Llévela V. lejos de aquí!... ¡Llévesela V! ¡Ay, no siento perder la vida, siento su dolor... siento dejarla sin apoyo en este mundo!...

—¡Yo lo seré! exclamó Leopoldo vivamente conmovido.

—Su hermana de V. tambien me lo prometió... ¡No es de noche todavía!... ¡Yo vengo por todas partes densas sombras!... ¡Voy á morir antes que llegue mi ángel bueno!... ¡Oh, no, Dios mío, no me hagais morir sin verla!...

Calló un breve instante, y despues repuso:

—¡Dice V. que es su hermano!... Margarita no tiene ningun hermano...

—¡Hermano del corazón, su más sincero amigo!... exclamó Leopoldo.

Leopoldo no conocia más que una parte de la historia de Gustavo. Leopoldo creía que Gustavo era el objeto misterioso del amor de Margarita, pero su lastimero estado la justificaba, la absolvía.

—¡Hábleme V. como si fuese á ella, dijo al moribundo con expansiva ternura; cuente V. conmigo como contaría con ella!

Gustavo le estrechó débilmente la mano, y murmuró con apagado acento:

—¡Sí! Queria hacerla un postrer encargo... ¡No tengo tiempo de esperar!... Debajo de mi almohada hay un retrato... Búsquelo V... ¿lo tiene V?

Leopoldo, que habia obedecido á sus indicaciones, le mostró el objeto designado.

—Bien, prosiguió el moribundo; déselo V. á Margarita. ¡Díjala V. que aunque muero por ella, muero perdonándola!... ¡Pero enséñemelo V. otra vez!... ¡Quiero verla otra vez, la última!...

Y le arrebató el retrato, fijando sus ojos en la adorada imagen, con expresion tierna y dolorosa.

Leopoldo dió un grito. ¡Aquella imagen no era la de Margarita! ¡Era la imagen de Cristina!

—¡Sí, sí! exclamó entonces la anciana con vehemencia; ¡contempla á la que ha sido constante enemiga de nuestra familia! ¡A la que te quiso rico y te desdénó por pobre!

Gustavo exhaló un triste gemido, pero la pasion ven-

ció al despecho. Aplicó el retrato á sus labios, y reunió todas sus fuerzas para imprimir en él un prolongado beso.

Aquel esfuerzo fué el último, y apresuró su agonía.

Devolvió el retrato á Leopoldo, y su cabeza cayó pesadamente sobre la almohada.

—¡Ah, yo quisiera un sacerdote! murmuró en voz baja.

—¡Vaya V. á buscarle! ¡vaya V.! gritó Susana, que había adivinado más bien que oído estas palabras.

Y como si aquel funesto golpe, siempre esperado é imprevisto siempre, hubiese devuelto el vigor á su cuerpo y la elasticidad á sus miembros, se precipitó fuera del lecho.

—¡Valor! dijo Leopoldo estrechándola la mano.

—¡Le tengo! respondió Susana sonriendo con espantosa tranquilidad; ¡le tengo!

El joven salió de la lúgubre estancia, y llamó á todas las puertas para pedir auxilio, pero en vano, porque aquellas miserables habitaciones tenían por inquilinos gente obrera, que estaba desde por la mañana en su trabajo.

Corrió á la iglesia más inmediata, y así que tuvo un médico para el alma, buscó otro para el cuerpo, queriendo su buena fortuna que lo encontrase al paso.

Escortado por ambos volvió á la estancia del moribundo; pero al subir el último tramo de la escalera, llegó hasta su corazón el eco de una voz amada.

Era Margarita, que repartía sus cuidados entre Susana y Gustavo. ¡Ay! la pobre Susana estaba otra vez inerte sobre el lecho, y solo residía la vida en sus ojos, fijos en el cadavérico rostro del hijo de sus entrañas.

Otra mujer ayudaba á Margarita en su piadosa tarea, y debía ser alguna vecina, pues la puerta de la habitación inmediata estaba solo entornada.

Allí no se oían más que los sollozos de Margarita y el estertor del moribundo, formando un lúgubre concierto.

En cuanto á Susana, ya no lloraba, ya no gemía. Había llegado á aquel grado de desesperación en que el alma está como muerta, abrumada bajo el peso de un dolor inmenso.

Pero por fortuna cuando esto acontece, el alma no encontrando ya esperanza sobre la tierra, vuelve instintivamente su atención al cielo, y admite con fervor las creencias de otra vida. Entonces da crédito á esa voz misteriosa que la repite desde la infancia: *has nacido para ser feliz*, y libre ya de las preocupaciones del mundo, dirige sus miradas á la patria de los justos, en donde reside la verdadera dicha.

Entonces la esperanza, lejos de apagarse con el hielo de la tumba, se aviva y fortalece, porque comprende que existe un más allá, y que es demasiado sublime su esencia para que su vida pueda ser transitoria y pasajera como el perfume de una flor, como los ecos de la brisa.

Susana había recobrado su primitiva fé, y en medio de su estupor, en medio de su total anonadamiento, la alentaban las voces lejanas de los ángeles que la prometían las palmas del martirio.

Leopoldo, obedeciendo á un sentimiento de delicadeza, hizo entrar primero al médico y luego al sacerdote, quedándose él escondido en la oscuridad del pasillo.

El médico se retiró al instante, cediendo su lugar al ministro del Señor.

Margarita comprendió que la hora fatal había sonado, y cifró todo su anhelo en arrancar de allí á la pobre madre.

Susana no quiso; Susana no quiso separarse de su hijo mientras le quedase un soplo de existencia.

El sacerdote, después de recitar algunas preces, se sentó al lado del moribundo aguardando su confesión.

¡Ay! ¿de qué tendría que acusarse aquel joven, cuya primavera se había deslizado entre las privaciones y el trabajo?

¡Su confesión fué pura como la de los ángeles, su resignación grande como la de los mártires, su esperanza en la misericordia divina, ilimitada, como la de los santos! Perdonó á la ingrata que había tronchado el porvenir de su vida, y rogó á Dios para que amparase á su madre. ¡Solo al pronunciar este nombre corrieron sus lágrimas; solo entonces prorumpió en amargos gemidos!

El sacerdote le administró los divinos Sacramentos y se dispuso á ayudarle á bien morir. Los circunstantes se arrodillaron, y pronto reinó en la estancia un religioso silencio.

¡Triste era oír las preces del ministro de Dios, confundidas con el estertor creciente del moribundo! ¡Triste era ver á aquella madre, inmóvil, fijos sus ojos en el hijo de su corazón, próximo á abandonarla! ¡Triste era ver á aquel hijo, tan joven, despidiéndose de su madre, pobre y sexagenaria!

Cuando el sacerdote hubo concluido su evangélica misión, Gustavo se volvió hacia la que le había dado vida, mirándola con suplicante afán.

¡Está comprendió su deseo, y le bendijo!...

La fisonomía del moribundo se dilató, expresando un júbilo inefable. Después llamó á Margarita, la dió las gracias por sus beneficios, la recomendó á su madre, y como si hubiese ya dado feliz cima á todos los negocios de la tierra, se recostó tranquilamente en el lecho, y se dispuso, con apacible calma, á conciliar el sueño eterno.

Cual la llama de una lámpara pronta á extinguirse, la vida dudó un breve instante en abandonar aquel cuerpo joven y que había sido vigoroso...

¡Por fin, Gustavo cruzó las manos sobre el pecho, fijó los ojos en el cielo, y sin agonía, sin casi esfuerzo, su alma inmaculada voló, libre de sus mortales ligaduras, á su patria primitiva!

Margarita le cerró piadosamente los párpados, y le cubrió con la sábana para ocultar á la triste madre aquel funesto espectáculo.

Pero Susana lo adivinó; dió un grito; soltó una extrepitada carcajada, y cayó desplomada sobre el lecho.

Trasladáronla á la estancia de la caritativa vecina, en donde el médico la pródigo los auxilios de su ciencia.

Pero ¡ay! que cuando la infeliz volvió en sí, estaba loca.

Mientras todos se arremolinaban en torno de ella, Leopoldo, que no había sido visto, se quedó junto al cadáver con el corazón torturado, y absorto en una meditación profunda.

—¡Cristina! murmuró por fin con desaliento. ¡Será posible que seas tú aquella Cristina que yo adoré con ciego desvarío! ¡Le quisiera rico, y le abandoné por pobre! ¡Ah, que me he despojado de todo para dárselo, y por esto me desestima y me abandona!

¡Luz siniestra de una verdad terrible, porqué iluminas mis ojos! ¡Antes que verte brillar, hubiera querido ser eternamente ciego! ¡Cristina! Tipo perfecto de la ideal belleza física que ocultas un corazón deforme. ¡Oh amargo desengaño! ¡Oh triste desencanto que me destroza el alma!

Lágrimas de fuego corrieron por las mejillas de Leopoldo. Apoyó su ardorosa frente en el lecho mortuario, y prorumpió en sollozos.

¡Quién podría expresar el inmenso desconsuelo de un alma pura, inocente y crédula, al hallarse frente á frente con el primer desengaño de la vida!

Si el amor de Leopoldo había perdido algo de su intensidad, dominaba todavía en su pecho, y sobre todo en su imaginación, y el culto que rendía á Cristina, aunque menos fervido, no era por esto menos exclusivo. El choque que experimentó su alma al ver la realidad pavorosa que destruía sus bellas ilusiones, fué tal, que mudo, inmóvil y aturrido, no oyó que alguno se acercaba con paso rápido y ligero.

Era Margarita.

La luz de la lámpara que ardía en la cocina, no disipaba completamente las sombras, y Leopoldo, protegido por ellas, quedó invisible á los ojos de la joven.

Esta se arrodilló y rezó.

¡Era el postrer tributo rendido á los despojos mortales de aquel infeliz, de quien había sido en vida el consuelo y la esperanza!

Pero una voz respondió á su voz; una plegaria secundó su plegaria...

—¡Quién hay aquí? exclamó Margarita levantándose llena de espanto.

—¡Soy yo, hermana! dijo Leopoldo con voz trémula y conmovida.

—¡V. aquí! ¡Cómo! ¡Porqué? replicó la huérfana con mayor sorpresa.

—He venido á buscar la solución del enigma que preocupaba el otro día á la condesa, y la he encontrado! ¡Dios la bendiga á V., querida hermana! dijo dulcemente Leopoldo!

Hubo un instante de silencio: las manos de ambos jóvenes se encontraron, y por las mejillas de ambos corrieron lágrimas de ternura.

Rezaron juntos durante largo tiempo.

Después se dirigieron á la estancia en donde gemía la demente, recomendáronla á la vecina, al médico, al sacerdote. Margarita depuso en las manos de estos cuanto dinero había traído consigo; Leopoldo se despojó de su bolsillo, de su reloj, de sus sortijas.

Cuando ambos salieron de aquella pobre casa, llevaban el corazón lleno de tristeza, pero á aquella tristeza se mezclaba un júbilo santo é indefinible. Gemían por el desdichado joven, muerto en la flor de su edad, gemían por aquella madre que había tenido que asistir á la agonía de su último hijo; pero se sentían felices de haber minorado algún tanto sus penas, de haber esparcido algún bien en torno suyo. Saboreaban el néctar delicioso de la caridad cristiana, néctar sublime, cuyo deyo no es amargo como el de los goces de la tierra, sino de una

dulzura inefable é imperecedera, como la bella virtud de la cual dimana.

Ambos iban mudos y pensativos, pero sus corazones palpitaban acordes, agitados por un mismo suave sentimiento, y el fuego de sus ojos, animados por la caridad, se confundía formando una ardiente pira.

Llegaron á su casa, y se despidieron en la antesala.

—¡Adios, Margarita! dijo Leopoldo; nunca olvidaré esta noche, en que la he visto á V. en toda su grandeza.

¡Hasta hoy no la había conocido! ¡Yo quiero compartir con V. su generosa obra; yo seré á mi vez el hijo y el sosten de la anciana desvalida!...

¡Margarita le estrechó en silencio la mano, y se alejó.

¡Tenía en el alma un paraíso!

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Adelina.—Guarnezca V. con esos encajes un abrigo de cachemir. El paño no los admite aunque sean de lana.

Junto á mi hija.—Se meten en los cofres y armarios sachets con iris de Florencia y polvos de heliotropo para perfumar la ropa blanca. Hé aquí una receta excelente para lavarla sin sosa ni potasa.

Se disuelve libra y media de jabón en 10 litros de agua: cuando esta está próxima á hervir, se le añade una cucharada de trementina ó cuatro de amoníaco ó alcali volátil. Se mete la ropa blanca en esta disolución, dejándola por espacio de dos ó tres horas y teniendo la marmita tapada. Se saca luego y se enjuaga, pero sin restregarla ni torcerla. Si el agua no ha quedado muy sucia, se calienta de nuevo, añadiéndola los mismos ingredientes, y puede servir otra vez. Para dar brillo á la ropa se moja antes de plancharla en una preparación de bórax y almidón.

Tolosa.—Una falda de cola lleva el paño de delante nesgado por ambos lados. También se nesgan los paños de costado dejando enteros los de atrás. Una falda de cola debe tener de 4 á 5 metros de vuelo por abajo.

Nuevas soluciones á la charada inserta en el núm. 43 de EL CORREO correspondiente al 18 de Noviembre, por las señoras doña Teresa Batlle de Peydro, de Almería; doña Mariana Díaz Pimienta, de Quintanar de la Orden; doña Jesusa Estéban, de Motril; doña Bernarda Lahoz, de Santander; doña Justa Sanchez, de Toledo; doña Josefa Tornos, de Leon, y las señoritas doña Francisca Rocafort y doña Dolores Burcet, de Marín.

Soluciones á la charada inserta en el núm. 45 de EL CORREO correspondiente al 2 de Diciembre, por las señoras doña Mariana de Rada Díaz Pimienta, de Quintanar de la Orden; doña Celestina Ramirez, de Astorga; doña Pascuala Garamendi, de Valladolid; doña Concepción Castro y Valdés, de Figueras de Asturias; doña Luisa Costa, de Oviedo; doña Dolores Jordá, de Tarragona, y la siguiente en verso:

Por no tener que cenar
Me fuí anoche á ver á Ana,
Saliéndome á recibir
Vestida en traje de lana:
Como allí tengo confianza
Pregunté si había cena,
Y el ala asada de un pavo
Me sacó de su alacena.

M. A.

Madrid 3 de Diciembre de 1875.

CHARADAS.

I.

La primera la aprendí
Cuando chico y en la escuela;
Esta mi ma y la segunda
Arder se vé en las iglesias;
Y contigo yo pasara
La segunda con la tertia:
El todo, que es aplicable
A cierto mal ó dolencia,
Vas por ello á la botica,
Donde lo dan sin receta.

JOAQUIN RAMA.

II.

Es un líquido la prima,
Y una legumbre segunda,
Y la tercera una nota
Musical, pero no aguda.
Un nombre las tres componen,
Pero que en vano se busca
En antiguos calendarios
De Castilla ó Cataluña.
Y este nombre, que es el todo,
En cierto libro figura
Que anda en juveniles manos,
Y aun en las de edad madura.

JERÓNIMO COUDER.

5 de Diciembre 1875.

HIGIENE DE LOS NIÑOS.

La causa principal de la mortandad de los niños, consiste en el modo de vestirlos y cuidarlos. Es preciso envolver á los recién nacidos sin comprimirlos demasiado, sobre todo la cabeza, porque se impide su natural desarrollo, y porque los huesos y cartílagos, estando muy tiernos, es fácil que contraigan una deformidad ó una enfermedad cualquiera. Todas las piezas que componen el hatillo, deben sujetarse con cintas y no con alfileres, como se acostumbra. Muchas veces lloran los niños sin que se sepa la causa, y consiste en un traidor alfiler que se ha clavado en sus miembros delicados: no se necesita más para causarles convulsiones y algunas veces la muerte.

Bastan para su abrigo las piezas siguientes: una camisita de lienzo y una chambrita de lana ó de algodón, abierta por atrás; un pañal y una mantilla de hilo que va sujeta á la cintura, resguardan las piernas, envueltas cada una por separado, para que el roce no las escalde; encima se pone una mantilla de lana, mucho más larga que el niño, para poder doblarla hacia arriba, pero todo esto muy flojo para que no embarace sus movimientos. En cuanto á la cabeza, siendo la parte más fuerte del cuerpo, debe llevar poco abrigo; una gorrita de crochet y otra de muselina encima. Las gorras de lana impiden que crezca el pelo. Es asimismo mal sano envolver á un niño robusto en franelas, porque los enerva y los hace más sensibles á cualquier golpe de aire. Basta que un niño que esté muy abrigado pase de un aposento á otro, ó se le desnude, para que se resfrie, y ya se sabe que los resfriados son la base de todas las enfermedades de la infancia.



16. Prendido de encaje y flores.

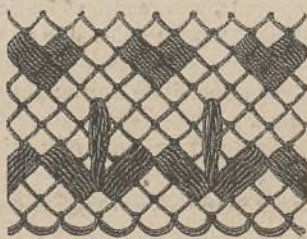


18. Fichú de malla.

Hé aquí una receta sencillísima contra el catarro y la tos ferina: En primer lugar, el enfermito no debe salir del aposento, y después



20. Abanico de salón.



19. Cenefa de malla para el fichú núm. 13.

de cada acceso de tos se le pone delante de la boca una compresa, empapada en una cucharada de café de la disolución siguiente:

Éter, 60 partes.
Cloroformo, 20 id.
Trementina, 1 id.

De todos modos este remedio no es más que un calmante.

UN VIEJO DOCTOR.

El editor de música Sr. Vidal, ha adquirido la propiedad y puesto á la venta, la letra y música para piano, de un bonito "Auto Sacro," titulado *El nacimiento del Niño de Dios*.

obra recomendada por sus autores á los padres de familia y directores de colegios, por ser sumamente á propósito para representarse por niños en las próximas festividades.

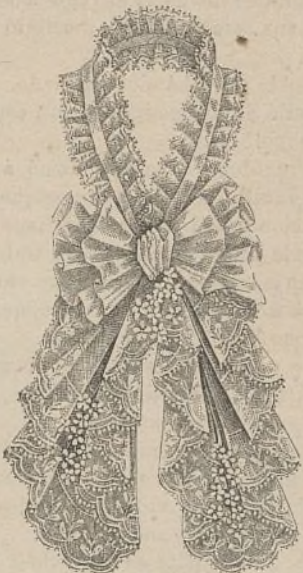
Explicación del Figurin. 1197.

FIG. 1.^a—Traje de calle.—Falda de terciopelo ó reps de lana negro, lisa, y abrigo de madrás á grandes cuadros. El abrigo lleva capucha forrada de terciopelo negro plegado y terminada con largas borlas encarnadas. El madrás, á cuadros azules y negros, lleva sobrepuestas cintas que forman cuadros todavía mayores. El sombrero, de terciopelo negro adornado con pluma negra y barbas negras de encaje, lleva interiormente una diadema de encaje blanco y rosas. Gola alta de terciopelo y encaje.

FIG. 2.^a—Traje para paseo y visitas.—Vestido de terciopelo ó faya color de almendra, y túnica de cachemir color de ante, el primero liso y la segunda ribeteada con terciopelo color de almendra. La túnica, sin mangas, deja ver las del

vestido, ajustadas y con una vuelta almendra entre dos color de ante, cerradas las tres con un lazo oscuro. La túnica va ceñida con una echarpe oscura que termina por atrás con largas caídas. Sombrero de fieltro, adornada la copa con florecitas blancas y velo blanco flotante, y por dentro con grandes flores amarillas.

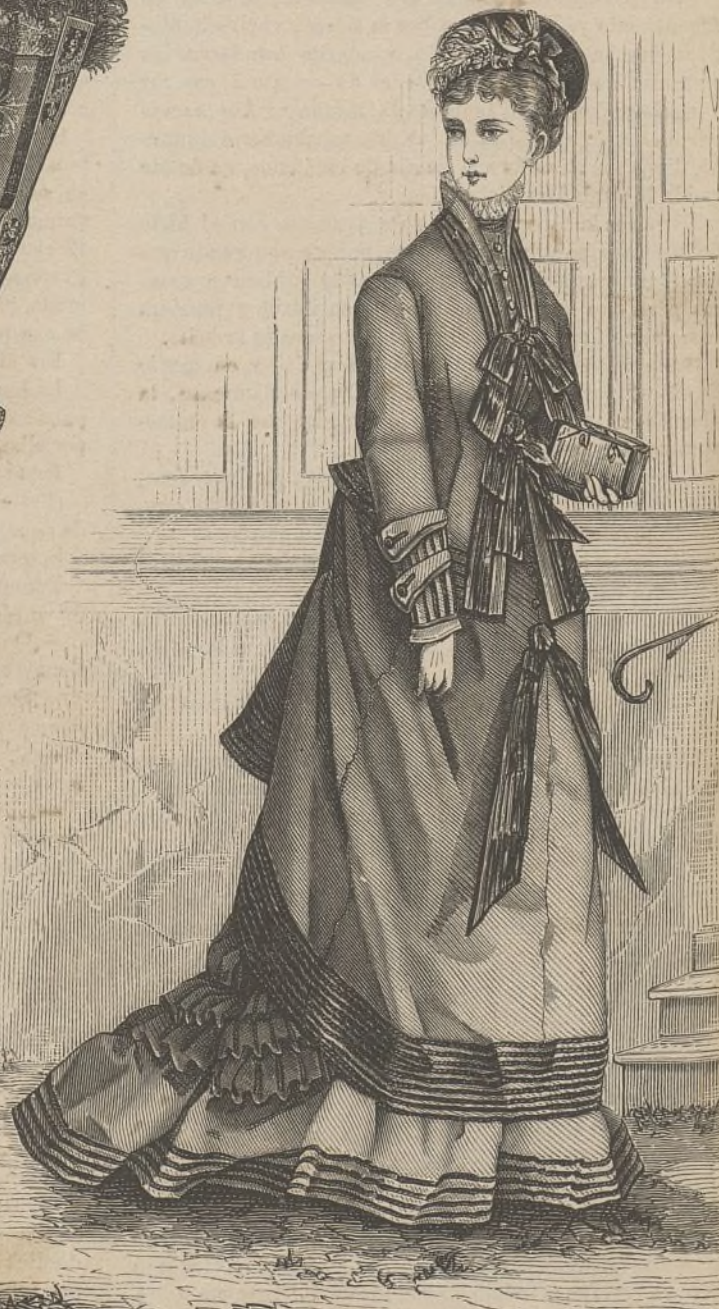
Mangas y cuello de holandesa.



17. Corbata de encaje.



21. Vestido con túnica de moda.



22. Vestido con chaqueta holgada.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a y 4.^a Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de la 1.^a, 3.^a y 4.^a, el pliego de dibujos para bordados.

Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C^a, Dr. Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-propietario: Carlos Grassl.

CORREO DE LA MODA.

19 de Diciembre de 1875.
DIBUJOS PARA BORDADOS.

DERECHO.

- Núm. 1.—*Almohadón cuadrado*: Bordado del Renacimiento, sobre tela Colbert, estilo Luis XIII. Se ejecuta á festón, rodeando los motivos y los llenos con barretas venecianas, hechas sobre los hilos tendidos que reemplazan á la tela.
- Núm. 2.—*Tira bordada para silla*, con aplicaciones de paño.
- Núm. 3.—*Entredos* bordado á cordoncillo, y puntos largos cruzados.
- Núms. 4 y 5.—*Entredos y cenefa* bordados á la inglesa.
- Núms. 6 á 8.—*Letras* bordadas á plumetis.

REVES.

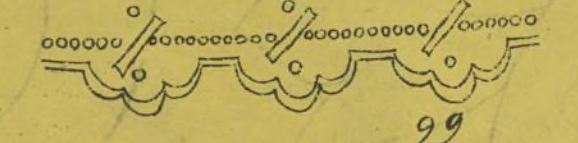
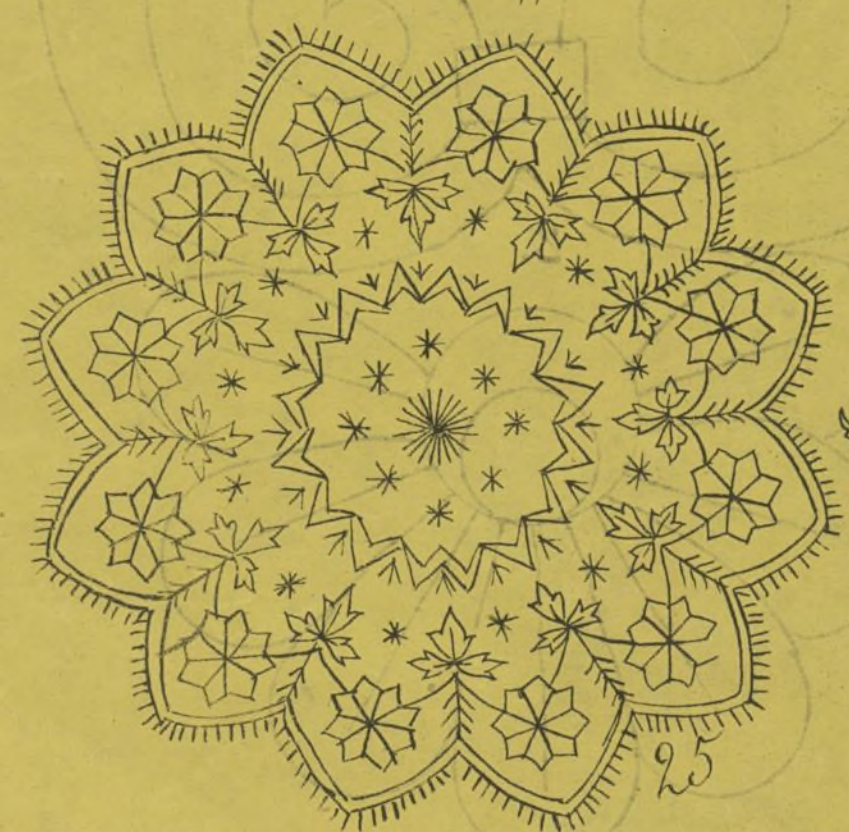
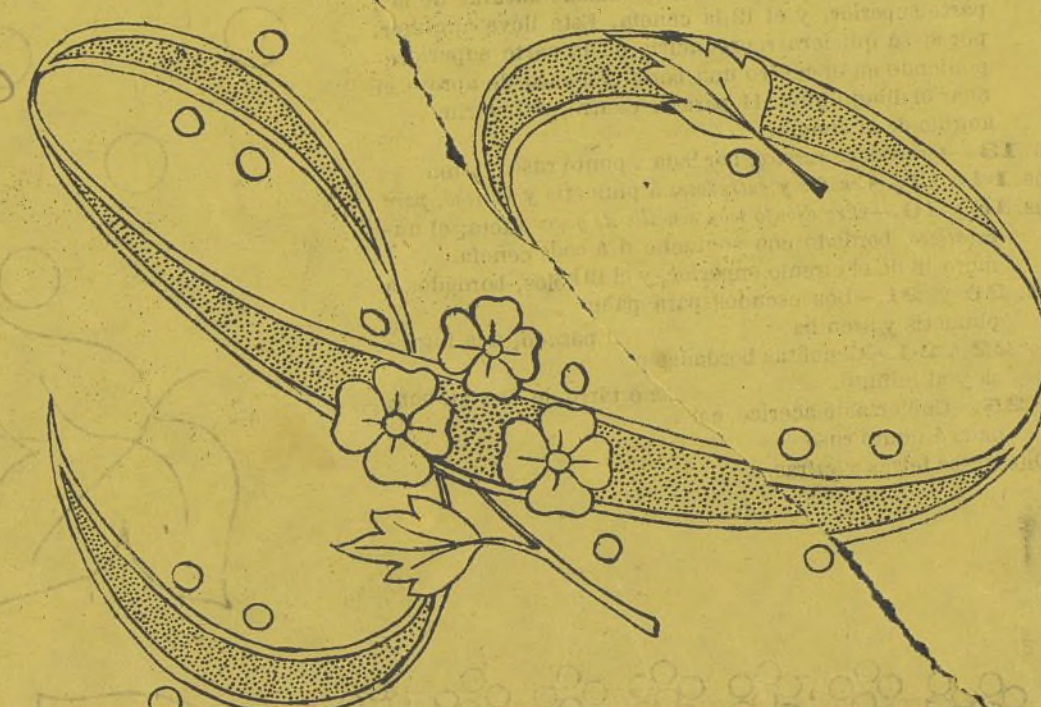
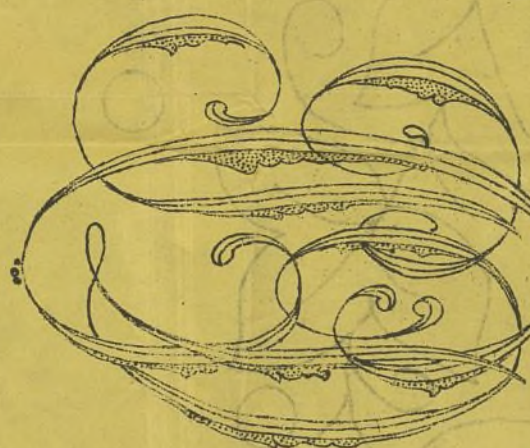
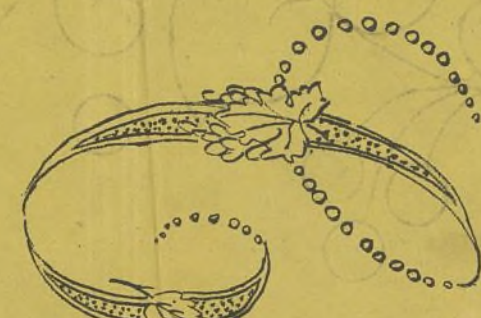
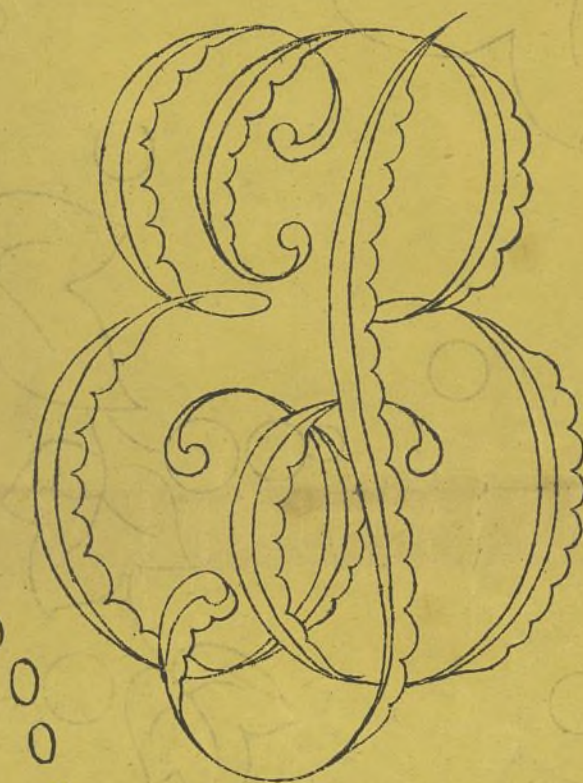
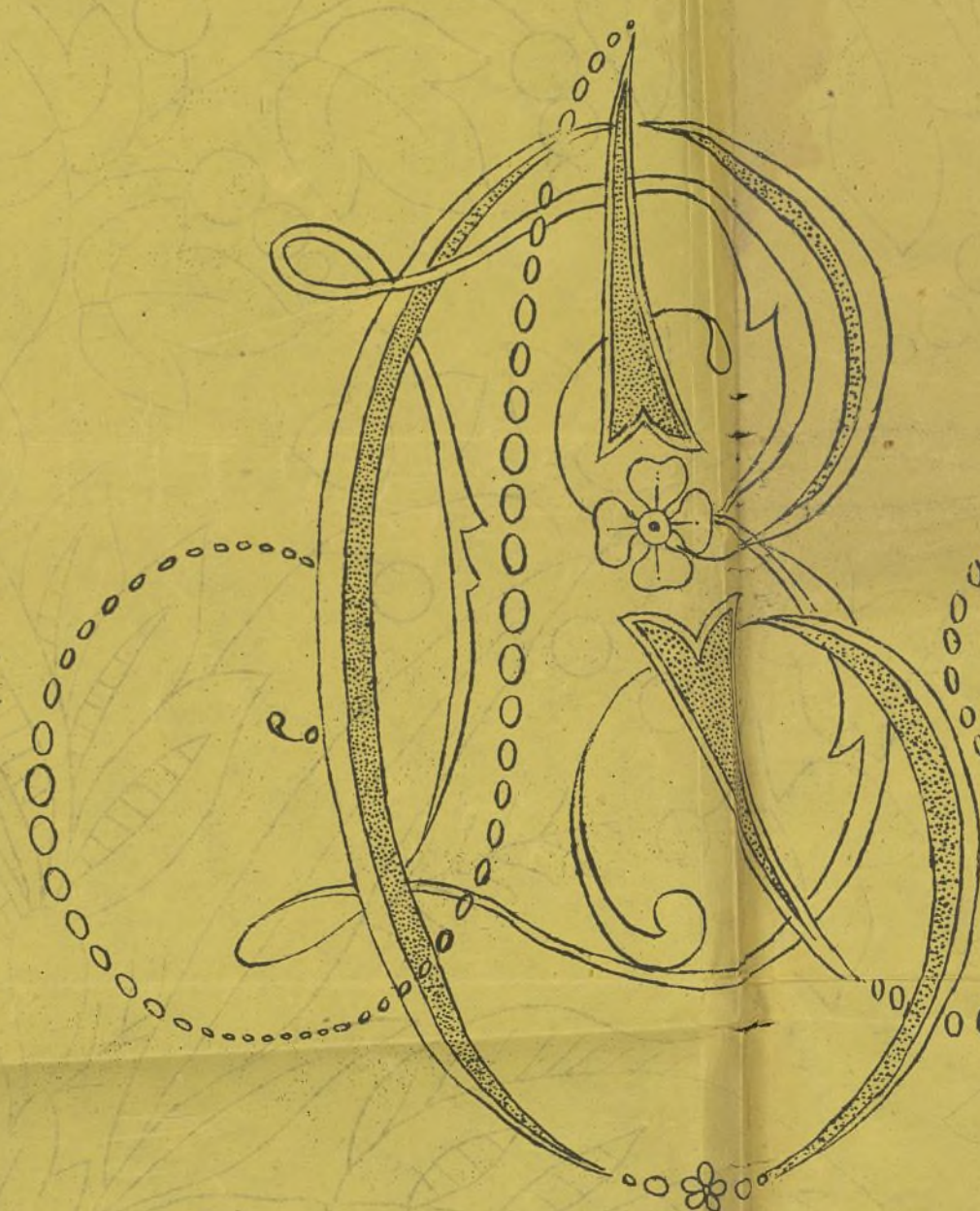
- Núm. 9.—*Segunda mitad del magnífico alfajeta para sábanas*, que se ha dado en pliegos anteriores.
- Núm. 10.—*Bordado para cingulo*: Se ejecuta á cadeneta y punto ruso, pudiendo emplearse cordoncillo de seda ó cordoncillo de oro. En este caso las cruces del centro; el punto de espiga de la cenefa que las rodea, y las crucetas de la cenefa exterior deben ser de oro mate, y lo demás de oro con brillo. Para los ojitos de la cenefa exterior se emplean piedras ó lentejuelas.
- Núms. 11 y 12.—*Gorro griego para caballero*: El dibujo es de suma novedad y fácil ejecución, pues se reduce á puntos de perfil y puntos largos, pudiéndose emplear sedas de colores vivos, ó cordoncillo y soutache de oro. El núm. 11 da la mitad, de tamaño natural, de la parte superior, y el 12 la cenefa. Esta lleva ángulo, por si se quisiera reproducirla en la parte superior, poniendo en el centro una borla. En caso de aprovechar el dibujo núm. 11 para el centro, se suprime el ángulo de la cenefa.
- Núm. 13.—*Cubierta de acerico*, bordada á punto ruso.
- Núms. 14 á 17.—*Cenefas y entredos* á plumetis y festón.
- Núms. 18 y 19.—*Otro diseño más sencillo de gorro griego*, para caballero, bordado con soutache ó á cordoncillo; el número 18 da el círculo superior, y el 19 la cenefa.
- Núms. 20 y 21.—*Dos escudos para pañuelos*, bordados á plumetis y arenilla.
- Núms. 22 á 24.—*Cenefas* bordadas al pasado, á la inglesa y al minuto.
- Núm. 25.—*Cubierta de acerico*, copa ó tarro de cristal, bordada á punto ruso.
- Diferentes letras y cifras.



L M N O
P Q R S T

U

V W



Carlota Manin

Paz

